

rió en la fábrica dias antes un viejo trabajador, se supuso que seria la blusa de éste.

Una palabra sobre Fantina.

Todos tenemos una madre comun, que es la tierra.

Fantina fué devuelta á su madre.

El cura creyó con razon que debia reservar casi todo el dinero que puso en sus manos Juan Valjean para los pobres. En rigor, de quién se trataba? De

un presidiario y de una mujer pública; por eso simplificó el entierro de Fantina y lo redujo á lo estrictamente necesario, á lo que se llama la fosa comun.

Fantina fué, pues, enterrada en la zanja gratuita del cementerio, en el hoyo que es de todos y de nadie, en el que se hunden los pobres. Felizmente Dios sabe dónde ha de encontrar las almas.

Fantina fué arrojada á la fosa pública. Su tumba se pareció á su lecho.

SEGUNDA PARTE.

COSETTE.

LIBRO PRIMERO.

Waterlío.

I.

Lo que se encuentra viniendo de Nivelles.

Una hermosa mañana del mes de Mayo de 1861, el viajero que refiere esta historia llegaba de Nivelles y se dirigia hácia La Hulpe. Caminaba á pié. Iba siguiendo, por entre dos filas de árboles, una calzada larga, empedrada y ondulante, sobre una série de colinas, que unas veces levantan el camino y otras le dejan caer, formando como olas enormes. Estaba ya más allá de Lillois y Bois-Seigneur-Isaac. Distinguía al Oeste el campanario de pizarra de Braine-l'Alleud, que tiene la forma de un vaso boca abajo. Acababa de dejar á sus espaldas un bosque, situado en una altura y en el ángulo de un camino de travesía, al lado de un poste carcomido, que sostenia esta inscripcion: *Barrera antigua, núm. 4*, y vió allí una venta, en cuya fachada leyó: *A los cuatro vientos. Echaban, café de particular.*

Medio cuarto de legua más allá de la venta llegó al centro de un valle, en el que el agua pasaba por debajo de un arco practicado en el terraplen del camino. El grupo de escasos, pero verdes, árboles que cubre el valle por la parte de la calzada, se desparrama por la otra parte en las praderas, extendiéndose

con pintoresco desórden hácia Braine-l'Alleud.

A la derecha, y á orillas del camino, habia una posada; delante de la puerta de ésta un carro de cuatro ruedas, un gran haz de estacas para lúpulo, un arado, un monton de ramas secas cerca de un seto vivo, cal, que humeaba en una balsa cuadrada, y una escalera de mano apoyada en un cobertizo, que tenia de paja las paredes.

Una jóven escardaba en un campo, en el que el viento agitaba un cartel grande y amarillo, que era sin duda el anuncio de alguna fèria ó romeria. En el ángulo de la posada, y junto á una laguna, en la que nadaban algunos patos, habia un sendero de piso ruin, que desaparecia entre la maleza. El viajero se internó en él.

Al cabo de cien pasos de haber seguido la direccion de una pared del siglo quince, que remataba en una albardilla construida de ladrillos encontrados, se halló frente á una puerta de piedra, grande, cintrada, con imposta rectilínea del grave estilo de Luis XIV, y adornada en los costados con dos medallones planos. Severa fachada dominaba á dicha puerta; una pared perpendicular á ésta llegaba casi á tocar aquella y la flanqueaba con brusco ángulo recto. En el prado y delante de la puerta habia tres rastrillos, al través de los que brotaban mezcladas todas las flores de Mayo. La puerta estaba cerrada, y en sus dos hojas decrepitas resaltaba un aldabon viejo y mohoso.

El sol era magnífico; las ramas se movian con el suave estremecimiento del

mes de Mayo, que parece que venga de los nidos más que del viento. Entusiasmado un pajarillo, poblaba el aire con sus trinos desde un árbol frondoso.

El viajero se inclinó para examinar en la piedra de la izquierda, por bajo de la jamba derecha de la puerta, una excavación ancha y redonda, parecida al alvéolo de una esfera. En aquel momento se abrió la puerta y salió una aldeana.

Vió al viajero y conoció lo que estaba examinando.

—Eso lo hizo una bala francesa, le dijo ella, añadiendo:

—Eso que veis en la puerta, más arriba, junto á un clavo, es el agujero de un casco de metralla, que no llegó á atravesar la madera.

—Cómo se llama ese sitio? preguntó el viajero.

—Hougomont, le contestó la aldeana.

El viajero se incorporó, dió algunos pasos y se puso á mirar por encima de los setos. Distinguió en el horizonte, á través de los árboles, un montecillo, y sobre él algo que desde lejos se parecía á un león.

Estaba en el campo de batalla de Waterlío.

II.

Hougomont.

Hougomont fué un sitio fúnebre; el principio del obstáculo, la primera resistencia que encontró en Waterlío el gran talador de la Europa que se llamó Napoleón; fué el primer nudo que encontró el filo de su hacha.

Hougomont fué ayer un castillo, hoy solo es una granja. Hougomont se escribe ahora, pero para el anticuario siempre será Hugomons. Dicha residencia la construyó Hugo, señor de Somerel, el mismo que dotó la sexta capellania de la abadía de Villiers.

El viajero empujó la puerta, tropezó al pasar bajo el pórtico con un carruaje viejo y entró en el patio. Lo primero que en él le llamó la atención fué una puerta del siglo diez y seis que figuraba el ojo de un puente, estando asolado todo lo demás á su alrededor. El aspecto monumental nace á veces de la ruina. Cerca de esta puerta hay otra con clavos de la época de Enrique IV, por la que se distinguen los árboles de un vergel. Inmediato á ella habia un hoyo para el estiércol, palas y azadones, algunas carre-

tillas, un pozo antiguo con brocal de piedra y torniquete de hierro, un potro que salta, un pavo que hace la rueda, una capilla rematada por un pequeño campanario, un peral en flor y en espaldera, apoyado en la pared de la capilla. ¡Tal era el patio cuya conquista fué el sueño de Napoleón!... Apoderarse de ese rincón de tierra, tal vez le hubiera facilitado el apoderarse del mundo. Las gallinas remueven el polvo con sus picos. Se oye allí el gruñido de un perrazo que enseña los dientes y que reemplaza á los ingleses.

Los ingleses estuvieron admirables en ese sitio. Las cuatro compañías de guardias de Coocke hicieron allí frente, durante siete horas, al encarnizamiento de todo un ejército.

Hougomont, visto en el mapa en plano geométrico, incluyendo los cercados y los edificios, forma una especie de rectángulo irregular, que tiene estropeado un ángulo; en este ángulo se halla la puerta meridional guardada por aquella pared, que la fusila á boca de jarro. Hougomont tiene dos puertas; la meridional, que es la del castillo, y la septentrional, que es la de la granja. Napoleón envió contra Hougomont á su hermano Jerónimo; las divisiones de Guillemín, de Foy y de Bachelu se estrellaron allí; casi todo el cuerpo de ejército de Reille fué enviado sobre dicho punto y sucumbió allí, y las balas de Kellerman se agotaron en aquellos heroicos muros. Con tanto trabajo pudo la brigada Bauduin forzar la entrada por el Norte y la brigada Soye acometer á Hougomont por el Sur, pero sin conseguir tomarlo.

Los edificios de la granja forman el límite del patio por el Sur. Un trozo de la puerta del Norte, rota por los franceses, pende colgando de la pared, y se compone de cuatro tablas clavadas á dos traviesas, en las que aun se ven los destrozos del ataque.

La puerta septentrional, que forzaron los franceses, á la que pusieron una pieza para reemplazar al trozo colgante, se entreabre al otro lado del patio; está cortada en cuadro, en una pared de piedra por bajo y de ladrillo por arriba, y cierra el patio por el Norte. Es una puerta para carros, como las que existen en las granjas, y se compone de dos grandes hojas construidas con tablas rústicas. Fuera de ella se extienden los prados.

La disputa de esta entrada fué furiosa. Mucho tiempo despues de la batalla se veían en la parte superior de dicha puer-

ta muchas huellas de manos ensangrentadas. Allí mataron á Bauduin.

Parece que aun se oiga en aquel patio la tempestad del combate; el horror aun es visible allí; el trastorno de la lucha quedó como petrificado; parece allí que aun sea ayer. Las paredes se estremecen, las piedras caen, las grietas gritan, los agujeros son heridas y los árboles, inclinados y estremecidos, parece que hagan esfuerzos para huir.

En 1815 habia allí más edificaciones que en la actualidad. Construcciones que derribaron despues, formaban entonces redientes ángulos y codos fortificados. Allí se parapetaron los ingleses, y aunque penetraron los franceses, no pudieron sostenerse.

Al lado de la capilla se eleva ruinosa y desvencijada una ala del edificio, único vestigio que queda de la residencia señorial de Hougomont. El castillo sirvió de torre y la capilla de fortín. Hubo exterminio general. Los franceses, ametrallados por todas partes, por detrás de las paredes, desde lo alto de los graneros, por las ventanas, por los respiraderos, acercaron faginas y prendieron fuego á los muros y á los hombres; á la metralla respondió el incendio.

Aun se ven en el ala arruinada, al través de las ventanas guarnecidas de barras de hierro, los cuartos desmantelados de un cuerpo de edificio construido de ladrillos; en dichos cuartos se emboscó la guarnición inglesa; y la espiral de la escalera, medio destrozada desde el piso bajo hasta el techo, aparece como el interior de una concha hecha pedazos. La escalera tiene dos tramos: los ingleses, sitiados en ella, se agruparon en los peldaños superiores y cortaron los inferiores, consistentes en anchas losas de piedra azul, que ahora yacen en monton entre las ortigas. Diez escalones existen aun incrustados en la pared; el primero tiene grabado un tridente. Estos escalones inaccesibles están aun sólidos en sus alvéolos; el resto de la escalera se parece á una mandíbula desdentada. Dos árboles seculares existen aun; uno de ellos se ha secado, el otro está herido en el pié y reverdece en Abril. Desde 1815 empezó á brotar al través de la escalera.

En la capilla hubo gran carnicería; su interior, tranquilo ya, presenta, sin embargo, extraño aspecto. No ha vuelto á decirse misa allí despues de la matanza. Consérvase, esto no obstante, el altar de madera tosca arrimado á una pared de piedra. Cuatro paredes blanqueadas con

cal, una puerta frente al altar, dos ventanas cintradas, sobre la puerta un crucifijo de madera, y encima del crucifijo un tragaluz, es todo lo que queda de la capilla. Cerca del altar está clavada una imagen de Santa Ana, que es una escultura del siglo quince; la cabeza del Niño Jesús se la llevó una bala de cañón. Los franceses fueron dueños un momento de la capilla, pero en seguida los desalojaron, y ellos al huir la incendiaron. Las llamas invadieron aquel recinto, que se convirtió en horno; quemaron la puerta y el suelo, pero se salvó el Cristo de madera; el fuego llegó á roerle los piés, pero no pasó de los muñones, que aun hoy se ven ennegrecidos. Eso fué un milagro, segun el sentir de los habitantes de la comarca. El Niño Jesús decapitado no tuvo tanta suerte como el Cristo.

Las paredes están llenas de inscripciones. Junto á los piés del Cristo se lee este nombre: *Henquinez*. Luego estos otros: *Conde de Rio Mayor; Marqués y marquesa de Almagro (Habana)*. Hay nombres franceses con puntos de admiración, como signos de cólera.

En 1849 blanquearon las paredes, porque en ellas se insultaban las naciones.

En la puerta de dicha capilla se recogió un cadáver que tenia una hacha en la mano; era el del subteniente Legros.

Saliendo de la capilla y á la izquierda se vé un pozo. Ocorre preguntar: ¿por qué no hay cubo ni polea en este pozo? porque ya no sacan agua de él. ¿Y por qué? porque está lleno de esqueletos. El último que pozó se llamaba Guillermo Van Kylson. Era un aldeano, que habitaba en el castillo de Hougomont, en el que ejercía el oficio de jardinero. Su familia apeló á la fuga el 18 de Junio de 1815 y él se ocultó en los bosques.

Las selvas que rodean la abadía de Villiers escondieron durante muchos dias y muchas noches á los habitantes dispersos de aquella comarca. En la actualidad aun quedan vestigios, como los troncos de árboles quemados, que indican el sitio que ocuparon los pobres vivaques que formaron los fugitivos.

Guillermo Van Kylson permaneció en Hougomont "para guardar el castillo," y se escondió en una cueva, en la que le encontraron los ingleses. Le sacaron á sablazos del escondite y le obligaron á que les sirviese. Cuando tenían sed, Guillermo les daba de beber, y de dicho pozo sacaba el agua. Muchos ingleses

bebieron allí por última vez, pero el pozo debía beber también como ellos.

Cuando terminó la batalla se apresuraron á enterrar los cadáveres. La muerte tiene su modo peculiar de perseguir á la victoria, trayendo la peste en pos del triunfo; el tifus vá anexo á él. Como el pozo era profundo, le convirtieron en sepulcro, enterrando en él trescientos muertos, tal vez con demasiada precipitación, porque la leyenda dice que no todos los sepultados eran cadáveres, pues oyeron salir del fondo del pozo voces débiles y lastimeras que pedían socorro.

El pozo estaba aislado en medio del patio. Tres paredes con la mitad de ladrillo y con la mitad de piedra, replegadas como las hojas de un biombo y figurando una torrecilla cuadrada, le rodeaban por tres lados; el otro estaba abierto y por allí se sacaba el agua. La pared del fondo la corta una abertura informe, causada tal vez por una bala de obús. Del techo de la indicada torrecilla solo quedan las vigas. El maderaje que sostenía la pared de la derecha forma el dibujo de una cruz; al asomarse al pozo la vista se pierde en un profundo cilindro enladrillado, en el que reina densa oscuridad. Alrededor del pozo, la base de sus paredes desaparece entre montones de ortigas.

El brocal de este pozo no tiene la ancha losa azul que adorna á todos los de Bélgica. Sustituye á la losa una travesía, en la que se apoyan cinco ó seis troncos de madera deformes y dislocados. Ya no conserva el cubo, ni la cadena, ni la polea, pero sí la pila de piedra donde se vertía el agua; en ella se acumula la de la lluvia, y de vez en cuando van á beber allí los pájaros del bosque inmediato.

En estas ruinas existe aun la casa de la granja y está habitada; la puerta dá al patio; al lado de una linda placa de cerradura gótica hay en dicha puerta un puño de hierro que sirve de llamador. Al coger dicho llamador el teniente hannoveriano Wilda para refugiarse en la granja, un zapador francés le cortó la mano de un hachazo.

El abuelo de la familia que ocupa la granja fué el antiguo jardinero Van Kylon, que murió hace ya algunos años. Una mujer de pelo canoso nos dijo:

—“En la época de la batalla yo estaba aquí y tenía tres años; mi hermana la mayor, llena de miedo, lloraba. Nos llevaron al bosque; yo iba en brazos de mi madre; de vez en cuando ponía el oído

en tierra para oír é imitaba al cañon, haciendo: *Bum! bum!*”

Ya dijimos que la puerta del patio, situada á mano izquierda, caía al vergel. El vergel era muy grande y estaba dividido en tres partes; casi podría decirse en tres actos. La primera parte es jardín, la segunda huerto y la tercera bosque. Las tres partes tienen un cercado comun: por el lado de la entrada están los edificios del castillo y de la granja, á la izquierda un seto, á la derecha una tapia, que es de ladrillo, y en el fondo otra tapia, que es de piedra. Primero se entra en el jardín, que se extiende cuesta abajo; está plantado de groselleros y lleno de vegetaciones silvestres, y cerrado por un malleon monumental de piedra sillería con balaustres de doble espesor. Era un jardín señorial del primer estilo francés que precedió á Lenotre, y que hoy se ha convertido en abrojos y ruinas. Las pilastras terminan por unos globos que parecen balas de piedra. Hay aun cuarenta y tres balaustres de pié, los demás están echados por tierra; casi todos están acribillados de balas de fusil.

En este jardín, que está más bajo que el huerto, penetraron seis tiradores del primero de ligeros, y no pudiendo ya salir, al verse cogidos y acosados, aceptaron el combate contra dos compañías hannoverianas, una de las que gastaba carabinas: coronaban los balaustres y tiraban desde arriba, y los tiradores franceses respondían al fuego desde abajo; eran seis contra doscientos, pero intrépidos y sin otro resguardo que el de los groselleros; tardaron, sin embargo, un cuarto de hora en morir.

Después de subir algunos escalones, desde el jardín se pasa al huerto propiamente dicho. Allí, en el espacio de algunas toesas cuadradas, murieron mil quinientos hombres en menos de una hora. El muro parece que está dispuesto para comenzar otra vez el combate: aun existen en él las treinta y ocho troneras que abrieron los ingleses á alturas irregulares. Delante la décimasexta se encuentran dos tumbas inglesas de granito. Las troneras solo están en el muro del Sur, que fué por donde se verificó el ataque principal: oculta el exterior de este muro un alto seto. Llegaron los franceses hasta allí, creyendo que no tenían otro obstáculo que vencer que el seto; le saltaron y entonces se encontraron con los obstáculos del muro y la emboscada; con los guardias ingleses detrás; con las treinta y ocho troneras

haciendo fuego á la vez; con una tempestad de balas y de metralla, que aniquiló á la brigada Soye. Así comenzó Waterlloo.

Sin embargo, se apoderaron del huerto. Los franceses no tenían escalas, pero treparon con las uñas. Los enemigos pelearon cuerpo á cuerpo bajo los árboles. Toda la yerba quedó teñida de sangre. Quedó allí exterminado el batallón de Nassau, que se componía de setecientos hombres. La parte exterior del muro, contra la que se asestaron las dos baterías de Kellerman, está acribillada de metralla.

Dicho vergel, esto no obstante, es sensible al mes de Mayo como cualquier otro. Produce sus botones de oro y sus margaritas blancas: la yerba crece mucho; pacen en él caballos de labor; atan de árbol á árbol cuerdas de crin para secar la ropa, que hacen bajar la cabeza á los transeuntes; los piés caminan por un erial y se hunden en los agujeros que hacen los topos. En medio de la yerba se encuentra todavía un tronco desarraigado, pero verde aun; en él el mayor Blackman se recostó para espirar. Debajo de un árbol inmediato cayó muerto el general alemán Duplat, oriundo de una familia francesa, refugiada cuando se revocó el edicto de Nantes. Los troncos de los árboles secos abundan en el vergel. Los cuervos vuelan por entre sus ramas. En el fondo del huerto hay un bosque lleno de violetas.

En aquel terrible sitio fué muerto Bauduin, Foy herido, hubo incendio, matanza, carnicería, furioso arroyo de sangre inglesa, alemana y francesa mezclada; un pozo lleno de cadáveres; fueron destruidos el regimiento de Nassau y el de Brunswick. Duplat y Blackman muertos, la guardia inglesa mutilada, diezmados veinte batallones del cuerpo de ejército de Reille y tres mil hombres en las ruinas de Hougomont degollados, destrozados y quemados: todos estos desastres, para que hoy un aldeano le diga al viajero:

—Señor, dadme tres francos y os explicaré la batalla de Waterlloo.

III.

El 18 de Junio de 1815.

Retrocedamos al año 1815, un poco antes de la época en que comienza la acción de esta novela.

Si no hubiera llovido la noche del 17

al 18 de Junio de 1815, hubiera sido diferente el porvenir de Europa. Algunas gotas de agua hicieron caer á Napoleon. Para que Waterlloo fuese el fin de Austerlitz, solo necesitó la Providencia un rato de lluvia, y una nube, atravesando el cielo en sentido contrario á la estación, bastó para destruir un mundo.

La batalla de Waterlloo no pudo empezar hasta las once y media de la mañana, lo que dió tiempo á Blücher para llegar. Por qué no pudo empezar antes? Porque la tierra estaba mojada, y fué preciso que se secase algo para que la artillería pudiera maniobrar.

Napoleon era oficial de artillería y se resentía de esto. En el fondo de este prodigioso capitán resaltaba el hombre que en el parte que dirigió al Directorio desde Abukir decía: *Tal bala nuestra mató seis hombres*. Hizo todos sus planes de batalla para el proyectil. Hacer converger la artillería sobre un punto dado, era para él la clave de la victoria. Trataba á la estrategia del general enemigo como á una ciudadela, y la batía en brecha. Abrumaba con la metralla el punto débil; ataba y desataba las batallas con el cañon. Poseía su génio el arte de la puntería. Desbaratar los cuadros, pulverizar los regimientos, romper las líneas, barrer y dispersar las masas, en eso para él consistía todo; destruir, destruir siempre, y encargaba este trabajo á las balas. Método temible, que, unido á su génio, hizo invencible durante quince años á aquel sombrío atleta del pugilato de la guerra.

El 18 de Junio de 1815 contaba con tanta más razón con su artillería, cuanto que era más numerosa que la del enemigo. Wellington tenía ciento cincuenta y nueve bocas de fuego y Napoleon tenía doscientas cuarenta.

Si la tierra hubiese estado seca y hubiera podido rodar por ella la artillería, la batalla hubiera empezado á las seis de la mañana y estaría concluida y ganada por Napoleon tres horas antes de sobrevenir la peripecia prusiana.

¿Qué cantidad de culpa tuvo Napoleon en la pérdida de la susodicha batalla? ¿Puede imputarse al piloto el naufragio?

La evidente decadencia física de Napoleon, ¿se complicaba en aquella época con su decaimiento interior? ¿Veinte años de guerra habían gastado el acero y la vaina, el alma y el cuerpo? ¿Era ya el capitán un veterano inválido? En una palabra, ¿se eclipsaba su génio, como

han creído algunos historiadores importantes? Se eclipsaba ya? ¿Oscilaba ya impulsado por el extravío de un soplo del viento del azar? ¿Era inconsciente del peligro? Esos grandes hombres materiales, que pueden llamarse los gigantes de la acción, ¿pasan por el período de miopía del genio? La vejez no hace mella en los genios del ideal; para Dante y para Miguel Angel, envejecer es crecer en grandiosidad; para Aníbal y Bonaparte, será llegar á la decadencia? ¿Había perdido Napoleón el sentido directo de la victoria? ¿No conocía ya el escollo, no adivinaba el lazo, no veía la pendiente del abismo? ¿No olfateaba ya las catástrofes? Al que en otro tiempo conocía todos los caminos del triunfo y desde lo alto de su carro relampagueante los indicaba con su dedo soberano, ¿le dominaba ahora el siniestro aturdimiento de arrastrar al precipicio su tumultuoso atalaje de legiones? ¿Se veía atacado á los cuarenta y seis años de locura suprema? El conductor titánico del carro del destino, ¿no era ya más que inexperto fanfarrón, que le conducía por sitios en que era fácil volcar?

No lo podemos creer.

Según la opinión general, su plan de batalla era una obra magistral. Se reducía á ir derecho al centro de la línea de los aliados; abrir un claro en el enemigo, dividirlo en dos; empujar la mitad británica hacia Hal y la mitad prusiana hacia Tongres; hacer en dos pedazos los ejércitos de Wellington y de Blücher, apoderarse de Mont-Saint-Jean, tomar á Bruselas, arrojar á los alemanes al Rhin y á los ingleses al mar. Este era el plan de batalla de Napoleón.

Inútil es decir que no pretendemos aquí hacer la historia de Waterlío; una de las escenas generatrices del drama que estamos desarrollando arranca de esta batalla; no es, pues, nuestro objeto historiarla; además, dicha historia está magistralmente escrita bajo un punto de vista por Napoleón y bajo otro punto de vista por una pléyade de autores notables: nosotros desempeñamos aquí el papel del testigo que la vé desde lejos, del transeunte por la llanura, del investigador inclinado sobre aquella tierra sazónada con carne humana, que toma tal vez las apariencias por realidades; no nos creemos con derecho á hacer frente, en nombre de la ciencia, á un conjunto de hechos en los que hay sin duda algún fenómeno de espejismo; ni poseemos la práctica militar ni la competencia estra-

tégica que autorizan á tener un sistema; en nuestra opinión, á los dos capitanes los dominó en Waterlío un encadenamiento de azares, y cuando se trata del reo misterioso del destino, juzgamos como el pueblo, que es un juez cándido.

IV.

A

Para tener una idea exacta de la batalla de Waterlío, hay que figurarse pintada en el suelo una A mayúscula. La pierna izquierda de la A es el camino de Nivelles; la pierna derecha es la carretera de Genappe; el palo transversal de la A es el camino hondo de Ohain á Braine l' Alleud. El vértice de la A es Mont-Saint-Jean; en él está situado Wellington; la punta izquierda inferior es Hougomont; en ella está Reille con Jerónimo Bonaparte; la punta derecha inferior es la Bella-Alianza; allí está Napoleón. Un poco más abajo del punto en el que el palo transversal de la A encuentra y corta la pierna derecha, está la Haie-Sainte. En medio de dicho palo está precisamente el punto en que se dijo la última palabra de la batalla, y allí se ha colocado un león, como símbolo involuntario del supremo heroísmo de la Guardia imperial.

El triángulo comprendido en el vértice de la A, entre las dos piernas y el palo transversal, es la meseta de Mont-Saint-Jean. La disputa de esta meseta constituyó toda la batalla.

Las dos alas de ambos ejércitos se extienden á derecha é izquierda de los dos caminos de Genappe y de Nivelles; Erlon haciendo frente á Pieton y Reille á Hill.

Detrás de la punta de la A, tras la meseta de Mont-Saint-Jean, se encuentra la selva de Soignes.

Dos ejércitos enemigos en el campo de batalla son dos atletas que luchan á brazo partido. Cada uno de ellos procura hacer caer al contrario; se agarran á lo que tienen á la mano; un matorral les sirve de punto de apoyo, el ángulo de un muro de punto de baluarte; á veces retrocede todo un regimiento por faltarle un resguardo cualquiera; un declive de la llanura, un accidente del terreno, un sendero transversal, un bosque, un barranco, consiguen detener la planta del coloso que se llama ejército y le impiden retroceder. El que sale del campo

V.

El quid obscurum de las batallas.

es derrotado; por eso es preciso que el jefe responsable examine hasta la menor espesura de árboles y que profundice el menor relieve.

Ambos generales habían estudiado atentamente la llanura de Mont-Saint-Jean, llamada hoy llanura de Waterlío. Desde el año anterior hizo su estudio Wellington con sagacidad previsora para el caso de dar en ella una batalla. Sobre este terreno y para el terrible desafío, el 18 de Junio ocupaba Wellington la parte ventajosa y Napoleón la adversa. El ejército inglés estaba situado en una altura y el francés en una hondonada.

Creemos inútil bosquejar ahora la figura de Napoleón á caballo, con el anteojo en la mano, en las alturas de Rosomme, al amanecer el día 18 de Junio de 1815, porque este retrato se ha popularizado ya. La figura del último César se pinta en todas las imaginaciones con el semblante tranquilo, sombreado por el diminuto sombrero de la escuela de Brienne, con el uniforme verde con vueltas blancas, que oculta la placa; con su holgada levita, que tapa las charreteras y el extremo del cordón rojo que asoma por bajo del chaleco; con el calzon de ante, con su caballo blanco con gualdrapa de terciopelo de color de púrpura, marcada con dos NN coronadas y con águilas en los extremos; con botas de montar sobre medias de seda, con las espuelas de plata y con la espada de Marengo.

Aureola luminosa ha rodeado mucho tiempo á esta figura, por la nebulosidad romancesca que envuelve á los héroes á cierta distancia y que oculta por más ó menos tiempo la verdad; pero hoy día la historia y la luz se abren paso.

La claridad de la historia es implacable; tiene de extraño y de divino que siendo luz, y precisamente porque es luz, coloca la oscuridad allí donde veamos rayos luminosos; del mismo personaje hace dos fantasmas distintos, y el uno ataca al otro, haciéndole justicia, y las tinieblas del déspota luchan con el deslumbramiento del capitán: de esto nace la apreciación más exacta y definitiva de los pueblos. Babilonia, violada, rebaja á Alejandro; Roma, encadenada, rebaja á César, y Jerusalén, muerta, rebaja á Tito. La tiranía sigue al tirano, y es una desgracia para el hombre dejar en pos de sí la oscuridad que tiene aquella forma.

Es muy conocida la primera fase de la batalla de Waterlío, que fué un principio confuso, incierto, vacilante y amenazador para los dos ejércitos, para los ingleses aun más que para los franceses.

Había llovido toda la noche; la tierra estaba empapada en agua, acumulándose aquí y allá y formando balsas; en algunos puntos llegaba el agua hasta los ejes de los carros; las cinchas de los tiros goteaban fango líquido; si los trigos y los centenos que derribó el tropel de carros en marcha no hubiera llenado los baches, formando un lecho bajo las ruedas, hubiera sido imposible todo movimiento, sobre todo en los valles de la parte de Papelotte.

La acción empezó tarde; como antes explicamos, Napoleón acostumbraba á tener toda la artillería en la mano y á prepararla como el que prepara una pistola, apuntando á éste ó al otro punto de la batalla; esperó que las baterías enganchadas pudiesen rodar y galopar libremente; para esto era preciso que alumbrase bien el sol y que secase la tierra. Pero el sol no apareció. Aquella no era la cita de Austerlitz. Cuando se disparó el primer cañonazo, el general inglés Colville miró el reloj y señalaba las once y treinta y cinco minutos.

La acción se empeñó con furia, tal vez con más furia que quería Napoleón, por el ala izquierda francesa contra Hougomont. Al mismo tiempo Napoleón atacó el centro, precipitando la brigada Quiot sobre la Haie-Sainte, y Ney llevó el ala derecha francesa contra el ala izquierda inglesa, que se apoyaba sobre Papelotte.

El ataque de Hougomont tenía algo de simulado; el objeto era traer hacia allí á Wellington y hacerle inclinarse hacia la izquierda. Este plan hubiera dado buen resultado si las cuatro compañías de guardias inglesas y los fogosos belgas de la división de Perponcher no hubiesen sólidamente defendido la posición: Wellington por eso no tuvo que concentrarse allí, limitándose á enviar por todo refuerzo otras cuatro compañías de guardias y un batallón de Brunswick.

El ataque del ala derecha francesa fué un ataque á fondo; su objeto era desbaratar el ala izquierda inglesa, cortar

el camino de Bruselas, interceptar el paso á los prusianos que pudieran acudir por aquella parte, forzar á Mont-Saint-Jean, rechazar á Wellington hácia Hougomont, de allí hácia Braine-l'Alleud y de allí hasta Hall. A excepcion de algunos incidentes, este ataque tuvo buen éxito: los franceses se apoderaron de Papelotte y de Haie-Sainte.

Notemos este detalle. Habia en la infantería inglesa, particularmente en la brigada de Kempt, muchos reclutas. Estos soldados bisoños se portaron como valientes, combatiendo con la temible infantería francesa; su inexperiencia salió intrépidamente del paso, prestando excelente servicio de guerrillas: el soldado de guerrilla entregado á sí mismo hasta cierto punto, se convierte, por decirlo así, en su propio general; dichos reclutas mostraron tener algo de la invencion y de la bravura francesa. Dicha infantería bisoña tuvo momentos de inspiracion que desagradaron á Wellington.

Después de la toma de Haie-Sainte, el éxito de la batalla quedó indeciso.

En esta jornada, desde las doce á las cuatro de la tarde, hay un oscuro intervalo; la parte segunda de esta batalla está confusa y participa de lo sombrío de la pelea: la oculta el crepúsculo. En su bruma hay vastas fluctuaciones, hay una especie de ilusion vertiginosa, que formaban los arreos de guerra de entonces, casi desconocidos hoy; los morriones con llama, los portapliegos flotantes, las correas cruzadas, las cartucheras de granadas, los dolmanes de los húsares, las botas encarnadas de mil pliegues, los pesados chacós, adornados con cordones; la infantería casi negra de Brunswick, vuelta con la infantería color de escarlata de Inglaterra; los soldados ingleses, que llevaban, en vez de charreteras, gruesos rodetes circulares y blancos; la caballería ligera hannoveriana, con el casco de cuero oblongo con filetes de cobre y crines rojas; los escoceses, con las rodillas desnudas y sus mantas á cuadros; las grandes polainas blancas de los granaderos franceses; y todo esto trazando cuadros, no líneas estratégicas, á propósito para el pincel de Salvator Rosa, pero no para el de Gribeanval.

Se mezcla siempre en las batallas cierta cantidad de tempestad: *quid obscurum, quid divinum*, y cada historiador copia los contornos que le agradan en ese torbellino. Cualquiera que sea la combinacion de los generales, el choque de las masas armadas ofrece incalculables re-

flejos; en la accion, los planes de ambos jefes penetran el uno en el otro y se desfiguran mutuamente. Este punto del campo de batalla devora más combatientes que aquel, como los suelos esponjosos, que absorben más ó menos pronto el agua que se les arroja. Es indispensable derramar más soldados de los que se quisiera. Gastos que ocasiona lo imprevisto. La línea de batalla flota y serpentea como un hilo, los regueros de sangre corren ilógicamente, los frentes de los ejércitos ondean; los regimientos, al entrar ó al salir, forman cabos ó golfos; todos esos escollos se renuevan continuamente unos delante de otros; al sitio donde estaba la infantería llega la artillería; donde estaba la artillería acude la caballería; los batallones son columnas de humo. Algo habia allí, buscad; ha desaparecido: los claros cambian de sitio; los pliegues sombríos avanzan y retroceden; una especie de viento del sepulcro empuja, arrolla, dilata y dispersa á aquellas trágicas muchedumbres. Qué es una pelea? Una oscilacion. La inmovilidad del plano matemático expresa un minuto, no una jornada. Para pintar bien una batalla, es preciso poseer la paleta de uno de esos pintores poderosos que tienen algo del caos en su manera de pintar, y para esto vale más Rembrandt que Vandermenlen. Vandermenlen, que es exacto al medio dia, miente á las tres. La geometría engaña; solo el huracán es verdadero, y esto es lo que dá derecho á Folard para contradecir á Polibio. Añadamos á lo dicho que hay siempre algun momento en que la batalla degenera en combate, se particulariza y se subdivide en innumerables hechos de detalle que, segun dice el mismo Napoleon, "pertenecen más á la biografía de los regimientos que á la historia del ejército". El historiador en este caso tiene indudablemente el derecho de resumir. Solo puede apoderarse de los rasgos principales de la lucha, porque es imposible al narrador más concienzudo fijar con precision la forma de la nube horrible que se llama una batalla. Esto, que es verdad tratándose de los grandes choques de los ejércitos, es particularmente aplicable á Waterlío.

Después del medio dia hubo cierto instante en que la batalla adquirió carácter determinado.

VI.

Las cuatro de la tarde.

Adicha hora era grave la situacion del ejército inglés. El príncipe de Orange mandaba el centro, Hill el ala derecha y Picton el ala izquierda. El príncipe de Orange gritaba á los holando-belgas: *Nassau! Brunswick! ¡No retrocedais nunca!* Hill, debilitado, se dirigia á apoyar su espalda en Wellington; Picton habia muerto. En el mismo momento en que los ingleses cogian la bandera del regimiento 105 de línea de los franceses, éstos mataban de un balazo en la cabeza al general inglés Picton. Para Wellington la batalla tenia dos puntos de apoyo; Hougomont y la Haie-Sainte: Hougomont estaba ardiendo, pero se sostenia aun, y se habia apoderado de la Haie-Sainte; del batallon alemán que la defendia, solo cuarenta y dos hombres quedaban; todos los oficiales, menos cinco, murieron ó eran prisioneros. Tres mil combatientes perecieron en aquella granja. Un sargento de guardias inglesas, reputado por el primer boxador de Inglaterra, fué muerto allí por un tamborcillo francés. Baing fué desalojado y Alten acuchillado. Se perdieron muchas banderas; una de la division de Alten y otra del batallon de Luxemburgo, que llevaba un príncipe de la familia de Deux-Ponts. Los escoceses grises no existian ya. Los fornidos dragones de Ponsomby estaban destrozados; arrollaron esta valiente caballería los lanceros de Bro y los coraceros de Travers; de mil doscientos caballos, solo quedaron seiscientos; de los tres coroneles, dos estaban tendidos ya en el suelo, Hamilton herido y Mater muerto. Ponsomby cayó atravesado por siete lanzas. Gordon habia muerto y Marsh tambien. Las divisiones quinta y sexta quedaron destruidas.

Hougomont asaltado y Haie-Sainte tomada, solo le quedaba un nudo al ejército inglés, el centro, que continuaba resistiendo: Wellington lo reforzó. Hizo acudir á él á Hill, que estaba en Merbe-Braine, y á Chassé, que estaba en Braine-l'Alleud.

El centro del ejército inglés, algo concavo, muy denso y muy compacto, estaba muy bien situado. Ocupaba la meseta de Mont-Saint-Jean, teniendo á las espaldas la aldea y delante la cuesta, entonces muy áspera, y se apoyaba en la casa sólida de piedra, que en aquella época era

dominio señorial de Nivelles, y marca la interseccion de los dos caminos: edificio del siglo diez y seis, tan inexpugnable, que rebotaban en él las balas sin hacerle mella. Alrededor de la meseta los ingleses habian cortado los setos aquí y allá, abriendo troneras en los árboles, colocando bocas de cañon entre las ramas y aspillerando los zarzales. Su artillería se emboscaba detrás de la maleza. Este trabajo púnico, que la guerra autoriza, admitiendo las estratagemas, estaba tan bien hecho, que Haxo, enviado por el emperador á las nueve de la mañana á reconocer las baterías enemigas, no las vió, y volvió á decir á Napoleon que no existia otro obstáculo que el de dos barricadas que obstruian los caminos de Nivelles y de Genappe. A la sazón estaban las mieses muy crecidas: un batallon de la brigada de Kempt, el 95, armado con carabinas, estaba echado entre los trigos.

Fortificado de este modo, el ejército anglo-holandés ocupaba excelente posicion; su único peligro consistia en la selva de Soignes, contigua al campo de batalla, y que cortaban las lagunas de Groenendael y de Boitsfort. El ejército no hubiera podido retroceder allí sin disolverse ni sin diseminarse. La artillería era preciso perderla en los pantanos. La retirada, segun varias opiniones científicas, hubiera sido una dispersion general, aunque otros hombres competentes no opinan de esta manera.

Wellington añadió á dicho centro una brigada de Chassé, quitada al ala derecha, y otra brigada de Wincke, que suprimió del ala izquierda, y además lo reforzó con la division Chiston. A los regimientos ingleses de Halkett, á la brigada de Mitchell y á los guardias de Maitland dió, como sostén y contrafuerte, la infantería de Brunswick, el contingente de Nassau, los hannoverianos de Kielmansegge y los alemanes de Ompteda.

Formaban un conjunto de veintiseis batallones. El ala derecha, como dice Carras, fué rechazada hasta detrás del centro. Una enorme batería se ocultaba detrás de sacos de tierra en el sitio que hoy se llama "el Museo de Waterlío". Wellington escondia además, en un repliegue del terreno, los guardias dragones de Somerset, que sumaban mil cuatrocientos caballos, y que constituian la otra mitad de la célebre caballería inglesa. Destruido Ponsomby, quedaba Somerset.